

**SISTEMA NACIONAL PARA LA
PREVENCIÓN Y ATENCIÓN DE DESASTRES**



Cuento Infantil sobre Gestión del Riesgo

ALFONSO LOBO AMAYA

Premio Nacional de Literatura Infantil



Libertad y Orden

Ministerio del Interior y de Justicia



ÁLVARO URIBE VÉLEZ
Presidente de la República

SABAS PRETELT DE LA VEGA
Ministro del Interior y de Justicia

JUAN CARLOS VIVES MENOTTI
Viceministro del Interior

MARIO GERMÁN IGUARÁN ARANA
Viceministro de Justicia

HONORIO MIGUEL HENRÍQUEZ PINEDO[®]
Secretario General

EDUARDO JOSÉ GONZÁLEZ ANGULO
Director de Prevención y Atención de Desastres

Coordinación editorial:
Dirección de Prevención y Atención de Desastres
Educación e Información Pública
Calle 13 No. 32-69 Edf. Laboratorio Piso 4°
Conmutador: (57-1) 3 75 10 78
Fax (57-1) 3 75 10 77
www.dgpdp.gov.co

Diseño:
Wilson Ricardo Molina R.

Ilustraciones:
Alexánder Altamar

Diseño del proyecto lúdico en “Gestión del Riesgo”:
Nancy López de Ojeda

Preparación editorial e impresión:
Imprenta Nacional de Colombia

Segunda edición
2004

Nota: Se permite la reproducción del contenido
de esta publicación siempre que se dé crédito
a la Dirección de Prevención y Atención de Desastres

—DPAD—

Distribución gratuita



DEDICATORIA:

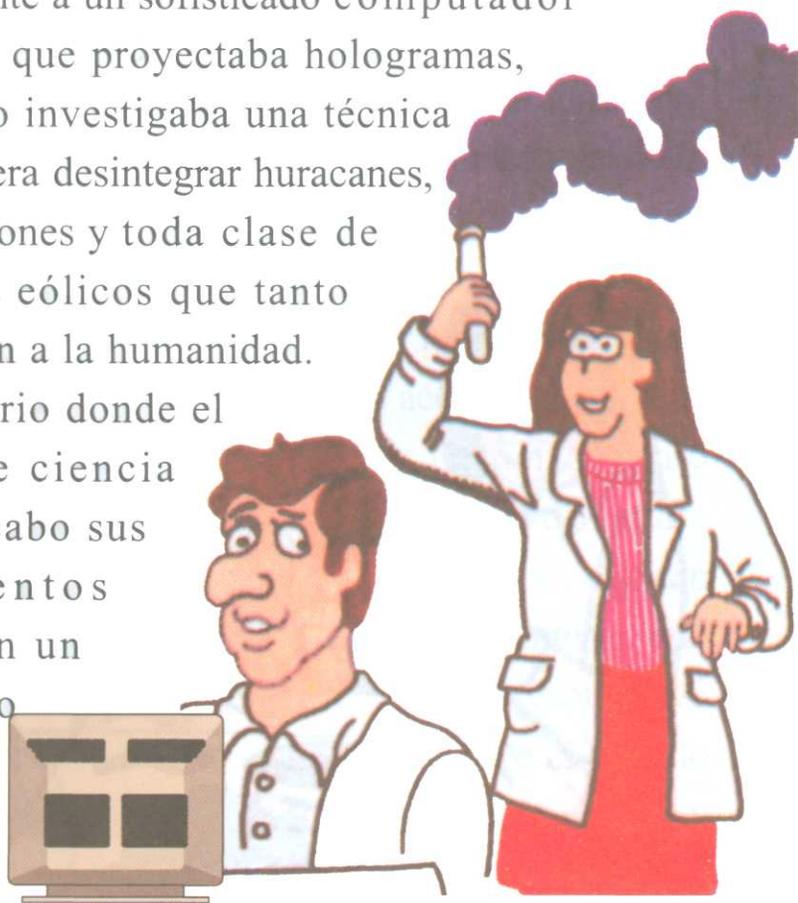
A las Directivas y Funcionarios de la
Dirección de Prevención y
Atención de Desastres que hicieron
posible este proceso educativo en
“Gestión del Riesgo”.

TIFONETO

Rodio, el inventor, trabajaba en un laboratorio de hidrología y meteorología que estaba localizado en el océano Atlántico, en el Mar Caribe.

Sentado frente a un sofisticado computador multimedia que proyectaba hologramas, el científico investigaba una técnica que permitiera desintegrar huracanes, ciclones, tifones y toda clase de fenómenos eólicos que tanto daño causan a la humanidad.

El laboratorio donde el hombre de ciencia llevaba a cabo sus experimentos quedaba en un salón amplio y alto, similar a la sala de lectura de



una biblioteca pública. Por todas partes se veían mesas llenas de aparatos científicos. Por su tamaño sobresalía una centrifugadora, más grande que una nevera, y un batiscafo construido con cristales de plexiglás. El batiscafo tenía forma de burbuja de vidrio, con una hélice propulsora en la parte posterior y una cabina de mando en la parte delantera.

—Rodio, ¿está lista la centrifugadora para ensayar a Tifoneto, tu dragón de viento? —preguntó Fractal, su compañera de laboratorio—. ¿Por qué no aplazas por unos minutos el experimento y saboreas esta deliciosa cazuela de mariscos que acaban de traer?



La chica se paró de la silla y puso las humeantes vasijas sobre unas servilletas blancas de papel, tomó dos vasos de cartón y los llenó con agua de coco. Rodio dejó de trabajar en el computador, pero no lo apagó. Estiró los brazos hacia los lados y echó la cabeza hacia atrás. Hacía esto para espantar el cansancio.

Durante un tiempo el científico y la científica estuvieron consumiendo la exquisita comida. Cuando terminaron hicieron sendas bolas de papel con los vasos y las servilletas. Fractal propuso una apuesta: encestar, en el tarro de la basura que estaba al lado



del computador de Rodio,

las bolas de papel.

Rodio lanzó de primero

y acertó; Fractal, que

era un poco miope, tiró

la pelota de cartón,

y no atinó, con tan

mala puntería, que

el proyectil cayó

sobre el teclado

del computador y

accionó varias teclas.

Al momento, el aparato comenzó a producir unos extraños sonidos parecidos a los rugidos de un animal en celo. Segundos después, el ruido aumentó de intensidad sobrepasando el límite humano. Rodio y Fractal, desconcertados, se llevaron las manos a los oídos para protegerse del zumbido que se metía en la cabeza.

La vibración aumentó los decibeles y las pipetas de vidrio comenzaron a estallar

solas. Rodio y Fractal

corrieron y se

refugiaron dentro del

batiscafo. Desde allí

observaron

abismados cómo la

gigantesca centrifugadora

explosionaba en mil

pedazos dando lugar a

un torbellino que se

contorneaba como si fuera

una bailarina hindú. A medida

que se desplazaba formaba espirales

de viento que a cada segundo

aumentaban de diámetro. El



vendaval se movía por el salón tragando todo lo que estaba a su alcance.

—¡Mira, Rodio!... ¡Es Tifoneto, el huracán que investigas!... ¡Parece que se salió de la computadora! —exclamó Fractal con cara de incredulidad.

—¡Es cierto! ¡No lo había reconocido!... ¡Es Tifoneto, el dragón de viento!... ¡Increíble!... ¡Esto es como de película! —decía Rodio, no menos sorprendido que su amiga!

El científico y la científica miraron perplejos el fenómeno eólico, y del asombro pasaron al miedo, ya que el pequeño huracán, a cada instante, crecía más y más. En un par de minutos el dragón de viento triplicó su tamaño y se hizo más fuerte. El batiscafo se mecía como niño en columpio.

—¡Rodio! Tú que eres experto en esto de los fenómenos atmosféricos, ¿cómo diablos se formó este vendaval?

